Guillermo Zermeño Padilla,
Historiografía, temporalidad y saber histórico,
Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2025, 322 páginas

La profesionalización de la disciplina histórica en México ha contado, desde principios del siglo XX, con una vocación en teoría de la historia y de la historiografía que, prácticamente, no ha tenido parangón en otras partes de América Latina. Cabría decir que esta tradición poco común tuvo su punto de partida con la política de acogida que desde 1938 propició el presidente Lázaro Cárdenas de 20.000 refugiados españoles de la guerra civil, varios de los cuales eran hombres de letras e historiadores. En tal contexto, el rol de Daniel Cosío Villegas fue fundamental: no solo creó en 1934 una casa editorial, el Fondo de Cultura Económica (FCE), que permitió insertar laboralmente a muchos de ellos, sino que, en 1938 y junto con Alfonso Reyes, también fundó la Casa de España en México (denominada, a partir de 1940, Colegio de México) mediante la cual conseguiría darles un marco formal a las actividades académicas de aquella generación exiliada. Entre los intelectuales que llegaron a suelo mexicano con vocación filosófica e historiográfica se destacan, sobre todo, Wenceslao Roces y Eugenio Ímaz, quienes llevaron adelante, entre otras labores académicas, un monumental trabajo de traducción del francés, alemán o ruso para el FCE, que permitió introducir en el mundo de habla castellana las primeras versiones modernas de las grandes obras de la cultura occidental y a muchos autores cruciales para la historia de la historiografía, como Fernand Braudel, Jacob Burckhardt, Wilhelm Dilthey o Leopold von Ranke que, aún hoy, siguen siendo una referencia. Con todo, uno de los más eminentes "transterrados" –como prefería llamarse– fue el filósofo asturiano José Gaos quien, como miembro del Colegio y profesor, primero de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo y luego de la Universidad Nacional Autónoma de México, formó a varias generaciones de pensadores como Leopoldo Zea y Edmundo O'Gorman. Este último, en particular, fue quien más hizo, precisamente, por sentar aquella tradición teórica en la disciplina histórica con su crítica de la "historia científica" rankeana en obras como *Crisis y porvenir de la ciencia histórica* (1947) o *La invención de América* (1958).[1] A partir de allí, se abrió una enorme cantera de reflexividad epistemológica que prosiguió bajo el establecimiento de historias de la historiografía mexicana y general (Álvaro Matute, Evelia Trejo, Josefina Zoraida Vázquez), con la producción de obras metodológicas (Luis González y González), o bien con un nuevo ciclo de importación de corrientes europeas cuyos casos más emblemáticos han sido la recepción de la microhistoria italiana (a través de Carlos Antonio Aguirre Rojas) y del pensamiento de Michel de Certeau y Niklas Luhmann, sobre todo en el ámbito de la Universidad Iberoamericana.

Precisamente, esta última recepción terció, particularmente, a través de la obra de Guillermo Zermeño Padilla, profesor en el Colegio de México, cuyo último trabajo, *Historiografía, temporalidad y saber histórico*, viene a sentar un nuevo mojón para esta perdurable tradición mexicana y sintetiza buena parte de su derrotero de investigación. Así pues, pese a la pluralidad de problemáticas que ha abordado, se diría que, por detrás de cada uno de sus trabajos, siempre rezuma, de forma explícita o latente, la misma pregunta de larga duración: ¿cómo articular las variables epistemológicas con la práctica del oficio en objetos históricos poco frecuentados mientras la escritura de la historia amenaza con dislocar esa relación? En ese sentido, su indagación de objetos teóricos o empíricos a menudo involucró interrogaciones de corte historiográfico que precedieron

[1] D. A. Brading, "Historical Writing in Mexico: Three Cycles", en S. Macintyre, J. Maiguashca y A. Pók (eds.)., *The Oxford History of Historical Writing IV. 1800-1945*, Oxford, Oxford University Press, 2011.

su análisis –o bien las contuvo o le sucedieron–, objetos que, a su vez, nunca desatendieron la historia mexicana (sobre todo, la moderna y contemporánea), pero tras un abordaje que continuamente dialogó con otras áreas culturales a las cuales también atendió de forma específica. Justamente, una de sus primeras investigaciones consistió en reconstruir una vasta historia de Estados Unidos a través de sus documentos, cuestión que, a mediados de los años 1980, era todo un vacío historiográfico no solo en América Latina sino en el mundo de habla hispana. Esta auténtica herramienta heurística fue asimismo precedida por un extenso ensayo donde Zermeño, junto con el grupo de historiadores con quienes realizó tal empresa, examinó el estado bibliográfico de aquella cuestión[2] y cuyo resultado fue una monumental historia norteamericana en diez volúmenes que, aún hoy, sigue siendo una referencia única en su género.[3]

A partir de los años 1990, su trabajo comienza a virar hacia los problemas teóricos de la disciplina y, en particular, hacia cuestiones de tenor historiográfico que ya no abandonará, viraje que fue muy receptivo hacia diversas corrientes culturales europeas, pero que tuvo a la figura de Michel de Certeau en el centro de la escena: no solo promovió, junto con Alfonso Mendiola y Perla Chinchilla Pawling, la traducción de la obra certaliana, sino que también crearon una revista, *Historia y Grafía*, directamente inspirada en el francés. Asimismo, durante esta época, veremos en Zermeño (y en varios de sus ensayos escritos con Mendiola) cómo la comunicación, la autopoiesis y la diferenciación social de la teoría luhmanniana de sistemas se convierte en un dispositivo clave para comprender cómo funciona la historiografía y qué lugar cabe asignarle a la "teoría de la historia" con relación a la "filosofía de la historia". Su obra *La cultura moderna de la historia. Una aproximación teórica e historiográfica* (2002) marca una de las primeras síntesis de tal recorrido, y allí se insinúa un nuevo viraje: la historia conceptual e intelectual. Desde los inicios del nuevo siglo, Zermeño participará y dará impulso al proyecto internacional Iberconceptos y, en 2017, publicará sus propias *Historias conceptuales*, donde resemantizó una serie de términos comunes a la cultura europea y latinoamericana. De algún modo, *Historiografía, temporalidad y saber histórico* continúa y fusiona todas estas líneas de análisis y demuestra, nuevamente, que la cuestión teórica –habitualmente observada con distancia y aprensión por los historiadores, quienes apenas la practican– sigue siendo una necesidad tanto epistemológica como metodológica que no conviene desestimar.

El mismo título de la obra anuncia ya los tres conceptos transversales que Guillermo Zermeño pondrá en discusión. En primer lugar, "historiografía", término que será analizado a través de diferentes vías de ingreso: etimológica, semiológica, política y conceptual. Luego, la "temporalidad" histórica funcionará, en realidad, como un amplio campo exploratorio sobre el cual el autor introducirá su concepto de "historiografía temporalizada", concebida como "un laboratorio de experimentación constante, no solo como un espacio de transmisión o reproducción de conocimientos sobre el pasado", una idea de *work in progress* que define, ante todo, en términos epistemológicos. El tercer elemento, "saber histórico", le permitirá abordar la historia como objeto científico sin que por ello la idea de "disciplina" rija por completo el marco explicativo, un concepto merced al cual abrirá nuevas posibilidades para pensar otras prácticas profesionales, populares e, incluso, *amateurs*, donde las artes, la literatura y la filosofía también funcionen como "portadoras de verdad".[4]

[2] Silvia Núñez García, Ana Rosa Suárez Argüello, Marcela Terrazas y Basante y Guillermo Zermeño Padilla, "Hacia una reinterpretación de la historia norteamericana: 126 títulos en bibliotecas mexicanas", *Secuencia*, nº 2, mayo-agosto de 1985.

[3] Los primeros nueve volúmenes fueron publicados en 1988 y un décimo se agregó en 1991, todos bajo el sello del Instituto Mora. La obra, titulada *Estados Unidos de América*, estaba estructurada en tres partes: tres volúmenes titulados *Documentos de su historia política*, cuatro sobre *Documentos de su historia socioeconómica* (que incluía varios capítulos sobre historia cultural) y tres denominados *Síntesis de su historia* donde se prescindía de la documentación y se trazaba una historia propiamente dicha. Zermeño participó en las tres partes (tomos III, VII y IX) como director o codirector.

[4] Dominique Pestre, "Écrire une Histoire des sciences et des savoirs de longue durée", en S. Van Damme (ed.), *Histoire des sciences et des savoirs I. De la Renaissance aux Lumières*, París, Éditions du Seuil, 2015.

Así pues, la obra, dividida en tres partes y nueve capítulos, aborda diferentes cuestiones fundamentales vinculadas con la teoría y la práctica de la historia. En la primera parte "De historia, historiografía e historicismos", aborda el concepto de "archivo" entre 1750 y 1820, el surgimiento de las historias nacionales a partir del "año cero" de 1821 hasta los umbrales de la profesionalización de la disciplina durante la primera mitad del siglo XX, con relación al impacto de la epistemología rankeana y, por último, su contraparte metodológica en el siglo XIX bajo la figura de Johann Gustav Droysen. A lo largo de la segunda parte, titulada "La historiografía después de los historicismos", indaga, esencialmente, figuras y obras que, a su vez, le permiten circunvalar los principales debates historiográficos de la segunda mitad del siglo XX: Karl Popper, Arthur Danto, Sigfried Kracauer y Michel de Certeau. Finalmente, la tercera parte, "Sobre el futuro de la historiografía", acomete la tarea de definir esta última a partir de sus relaciones con la política y con las ideas de "crisis" y "crítica". En conclusión, la obra constituye una contribución sustancial desde el momento en que reivindica la importancia de la reflexión teórica como parte fundamental del trabajo del historiador. Si bien, desde luego, jamás reniega del costado empírico de la disciplina, lo sitúa en un plano de igualdad con relación a la teoría, igualdad que contribuye a democratizar los métodos sin reducirlos a un plano de mera transmisión personal entre maestro y discípulo. En este sentido y a diferencia de otras ciencias sociales, la disciplina histórica tiene aún un largo camino que recorrer, y la obra de Zermeño puede ayudar a despejarlo.

Andrés G. Freijomil
Universidad Nacional de General Sarmiento / CONICET